10.000 corazones

Se abre un micrófono de radio generando alguna que otra interferencia por transmitir desde un bunker. El programa acaba de comenzar y ya se escucha como música de fondo la melodía desafinada que introduce al contertulio. La palabra es para la locutora Aurora Herrera que transmite desde las alcantarillas de Madrid.

-Buenos días queridos oyentes. Hoy tenemos aquí con nosotros a Clara y a Lucas. Estoy segura que todos ustedes recordarán perfectamente la noche del 23 de febrero de 1993 ¿No? Ellos fueron los primeros testigos de aquella hecatombe y hoy les tenemos aquí con nosotros en riguroso directo para que narren cómo empezó todo. Buenos días Clara. Buenos días Lucas ¿Quién quiere comenzar?

-Buenos días Aurora. Creo que me toca a mí ¿No Lucas?- Preguntándole a su hermano- De acuerdo, allá voy pues. Todo empezó por la noche en nuestra casa del centro de Madrid. Para quien no lo sepa, nosotros somos mellizos y por aquel entonces teníamos veinticuatro años. El fin de semana anterior habíamos acabado los exámenes de la universidad y decidimos realizar una cena entre amigos para celebrarlo.

-¿Cena?- interrumpiendo a su hermana abiertamente- ¡Aquello no era una cena!; ¡Era un festín!; ¡Un derroche!; ¡Una bacanal!; ¡Un banquete en toda regla!

-La verdad es que mi hermano tiene razón. Se nos fue de las manos e invitamos a demasiada gente. Afortunadamente nuestra casa era un pequeño palacete del siglo XIX y aguantó sin problemas aquel vaivén de personas continuo. Los invitados trajeron presentes de todo tipo: ropa, juegos, alcohol, comida, alguna que otra sustancia dudosa. Fíjate lo absurdo de la situación que alguien trajo hasta un perro vagabundo que se llamaba peet. Pero sin duda el regalo que nos marcó fue el del encapuchado ¿Lo recuerdas Lucas?

-¿Cómo iba a olvidarlo hermanita? En aquella época nos daba todo igual. Cualquiera que viniese a nuestra casa era bienvenido y tenía un plato de comida caliente y una cama para dormir. Habían pasado toda clase de sujetos por aquellas paredes pero ningún como el encapuchado. Llegó aquella noche con la cabeza cubierta y no habló con nadie. Solo se acercó a Clara y le dio su presente para la fiesta.

-Yo pensé-retomando la hermana el hilo de la conversación- que era un colega de algún conocido. Me susurró al oído cuatro palabras: “Bébetelo. Te hará bien”. Y me entregó un bote negruzco. Yo que siempre he sido de compartir las cosas fui inmediatamente a ver a Lucas para que nos lo bebiéramos juntos. Y entonces ¿Qué pasó?-mirando a su bobalicón hermano- Que a este auténtico mentecato se le ocurre la genialidad de mezclar en una ensaladera todos los alcoholes de la sala y aderezarlo con la nueva adquisición. Dicho y hecho. Aquel brebaje sabía a rayos pero consiguió el efecto deseado por el encapuchado.

-Me acuerdo que las corbatas se aflojaron de los cuellos-decía lucas- y pasaron a colocarse en la cabeza. Aquí mi hermanita junto con la gente de la facultad hizo una conga por mitad del pasillo rompiendo unas cuantas cosas. Sin embargo yo fui el primero en sentirlo. Aquella punzada de dolor en el pecho como si algo se fragmentase; aquel malestar general indescriptible; aquel sentimiento que te aprisionaba el pecho robándote el oxígeno. Estaba claro que en la bebida había algo fuera de lo común. Fui al baño a enjuagarme la cara. Las manos me temblaban. Me agaché a limpiarme. Decidí hacer una inmersión total durante cinco segundos debajo del agua. Cuando me levanté me asuste mucho: ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas! Y otra vez a lo lejos ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!. Alcé la vista al frente y allí lo vi. O mejor dicho me vi. Era, era... No sé cómo describirlo pero allí estaba: Mi clón, mi yo personal, mi reencarnación, mi cadena genética. Seguía mirando al espejo como si fuera una realidad paralela y estuviera atrapado en algún extraño lugar. Sin embargo, cuando giré la cabeza a la derecha allí estaba clavándome sus ojos como si fueran puñales. Pensé: “Lucas, estás como una jodida cuba” y en ese preciso instante se abalanzó sobre mí. Me desplomé al suelo en estado de shock.

-Todos los que estábamos haciendo la conga por el pasillo empezamos a sentir aquella fuerte presión en el pecho-decía clara-. Recuerdo que saltaron los plomos y nos caímos al suelo. Dormí como una eternidad. Me desperté y estaba sola. Ni rastro de la conga ni del ambiente festivo. Todo había cambiado. El volumen de gente era muy alto en la casa. Había demasiadas personas y mucho jaleo. Eché un vistazo a mí alrededor y vi que estaba en el relleno del primer piso. La última imagen que tenía era la de Lucas en el baño del tercero. Corrí a su encuentro sin prestar atención a los cientos de rostros que gritaban y vociferaban a mí alrededor. No sé porqué, pero en aquel preciso instante todo me daba igual. Solo quería abrazar a mi hermano y preguntarle qué había sucedido. Llegué y nada más entrar por la puerta del tercer piso le dije:

-¡Lucas! ¿Qué ha pasado?- me miró como nunca lo había hecho. Se me congeló la sangre. Se acercó hacia mí mientras sus ojos temblaban. Mostró sus dientes y parecían más afilados de lo habitual. Su expresión parecía salida del mismísimo infierno- ¿Qué te ocurre?-le dije mientras venía corriendo hacia mí.

Me abofeteó la cara tan fuerte que me tiró al suelo. Luego siguió de largo. Me llevé la mano a la nariz. Sangraba. Corrí al baño y... Allí estaba Lucas otra vez. Esta vez estaba tendido en el suelo inconsciente. Pero... ¿Eso era imposible? Había una mujer que me daba la espalda. Estaba encima suyo besándolo apasionadamente en la boca. Él no se movía. La muchacha tenía un vestido que me era familiar. Volví a gritar: “Ehh tu, ¿Qué coño haces con mi hermano?” La mujer se giró. Me temblaron las piernas como un flan y noté como el miedo se apoderaba de mí. Me oriné encima. La anónima era yo. Era yo la que tenía completamente corrido el pintalabios porque estaba besando a Lucas; era yo la que tenía la cara completamente desfigurada con cara de haber cometido un asesinato; era yo a quien agarraba un afilado cuchillo en la mano izquierda. Entonces caí al suelo y grité con todas mis fuerzas. Mi otro yo se asustó y salió corriendo. Mi auténtico hermano se despertó.

-Gracias a su grito volví en sí.-decía Lucas mientras volvía a tomar el hilo de la historia- Tenía jaqueca y no entendía muy bien que había sucedido. Mi primera reacción fue ayudarla. La consolé y la ayudé a ponerse en pié. Estaba empapada. Miré al final del pasillo y los vi. Eran cinco y venían a por nosotros. Dos clones de Clara y dos míos. El quinto hombre era el encapuchado. Nos encerramos en el baño y atrancamos la puerta. Miramos por la ventana que daba a la calle y lloramos desconsoladamente. No había solo dos copas nuestras sino cientos de ellas.

Fijamos mejor nuestra atención y vimos que no solo eran nuestras réplicas sino también la de nuestros amigos. Habían invadido la calle y se comportaban como animales sin moral alguna. Físicamente eran un calco a nosotros pero su comportamiento era antagónico al nuestro. Se movían por impulsos realizando las cosas que jamás nos hubiésemos atrevido a hacer por miedo al rechazo de nuestras familias o amigos. Eran incontrolables y desprendían un aura tétrica y oscura que no alcanzamos a comprender por aquel entonces ¿Verdad Clara?

-Si así es. Al poco rato de mirar por la ventana nos cayeron tres gotas en la cabeza. ¡Pam, pam, pam! Sentí en la frente. El resonar de estos tres fuertes impactos fue como sentir tres puntiagudas balas atravesándome el corazón. Alzamos de nuevo la vista. Cinco cuerpos pendían de las cuerdas de tender de nuestro palacete. Las figuras inmóviles eran sombras pesadas que se mecían al rítmico ir y venir del viento sin aparentar voluntad alguna. Habían sido ahorcados pero no de una forma corriente. Estaban colgados por los pies. No tenían cabeza. Les reconocimos. Eran miembros de la fiesta; nuestros invitados nuestros amigos. Lloramos mucho aquella noche...

Muchas gracias Lucas. Muchas gracias Clara por vuestro testimonio. No sabemos por qué decidieron dejar con vida aquella noche a nuestros testigos- decía la tertuliana-. Solo sabemos que huyeron de la ciudad y que ahora campan a sus anchas. Lo que más me atemoriza es que ellos son una parte de nosotros; de la humanidad; de los pocos originarios que hoy en día quedamos. Algún día nos encontrarán y debemos preguntarnos ¿Estaremos preparados? Espero que sí. Corto y cierro. Fin del programa.